

Hospital Blues

Por Alonso Alatríste

Me preguntas: “¿Qué le pasó con Arturo?”.

Bueno, yo aún sigo trabajando en el mismo hospital. Cuando terminé mi beca de Medicina Interna, el jefe me preguntó si quería ser parte del equipo de UCI. No sabía muy bien en qué continuar luego de la beca, menos aún como estábamos en plena pandemia, pero no me podía restar de eso, hubiese sido una cobardía de mi parte. Así que le dije:

— Sí doctor, considéreme.

Allí conocí a Arturo, él ya llevaba un tiempo en UCI; estaba “fogueado”, por así decirlo. Era bastante reservado, casi hosco. Apenas alzaba la voz en las reuniones que teníamos como equipo. Se la pasaba la mayor parte del tiempo mirando hacia otra parte, como si todo lo demás fuese más interesante que las reuniones técnicas. Su trato brusco lo convertía en una figura distante, difícil de llevar. Un técnico me dijo que era probablemente la persona más odiada de toda la unidad. “Y del hospital” espetó una enfermera que pasaba. No opiné nada, pues no me lo creía del todo. Quizás su tema era otro y no lo culpo: todos estábamos como en otra dimensión por esas fechas. Además, ya sabes cómo es, que si no participas del cotilleo y de comedia televisiva del día a día en el lugar en que trabajas, te transformas en una especie de paria, un “desarraigado”.

Sin embargo, la pericia de Arturo como médico era innegable. Era un “buen médico”, quizás a un nivel que a mí me hubiese gustado que se alcanzara, algún día, de forma equivalente en todo el hospital. Por eso mismo lo respetaba.

Socialmente, era un desastre. Era antipático, cínico, ni siquiera te miraba de frente cuando hablabas o discutías con él. En más de una oportunidad sentí que nos despreciaba.

Un día lo abordé en un turno de apoyo en el que estuve con él, en donde vi sobre su mesa un libro de Stevenson, *La Isla del Tesoro*. Y allí le pregunté si le gustaba la literatura del siglo XIX (no es que yo sea muy bueno para la lectura, pero recuerdo con cariño las viejas ediciones de novelas de aventuras que coleccionaban mis tías, cuando estaba en el colegio). Él apenas reparó en mi presencia, concentrado como estaba frente al computador, revisando resultados de exámenes. Por primera vez en las semanas que llevábamos trabajando, me mira directo a la cara, con su vista un poco perdida tras las gafas, y me suelta:

— Claro. Los libros son el consuelo de los tontos. Al menos ayudan a dormir. Así dejo de pensar que este trabajo es sólo patear la muerte hacia adelante, darle largas hasta que te vuelve a cobrar la cuenta.

Eso me hizo sentir incómodo. — ¿No te gusta este trabajo? — le pregunté. Menudo cabrón amargado me tocó de colega.

— Soy muy inútil en todo, quizás esto es lo único que se me da — me respondió, volviéndose al computador —. Al final todos mueren, creyéndose el cuento que todo tiene un objetivo, una razón de ser. Pero la verdad es otra. Y todos la niegan.

Sentí vergüenza ajena. Quizás hasta hice una mueca, pensando “¿qué se cree este tipo, que se las trae de filósofo?”. No piqué el anzuelo y seguí con lo mío. Después, pocas veces hablamos otra cosa que no fuese exclusivamente sobre temas técnicos.

Hasta que llegó el día. El día que ingresó al hospital la Caro.

Caro aparentaba mucho menos que sus 25 años. Era por su enfermedad genética, ahora mismo no recuerdo cual. Pero fue esa misma condición la que la trajo al borde del abismo, con su vía respiratoria casi cerrada, apenas respirando como un fuelle descompuesto. Había ingresado a una sala del servicio de medicina y cuando la fui a evaluar estaba luchando, aferrándose a la vida como podía, boqueando para alcanzar la bocanada de aire que se negaba a llegar a sus pulmones. Su padre, un hombre añoso, me miró con cara de espanto. Se agarró a mí y me suplicó que por favor la salvara, que salvara a su hijita

— Por favor doctor, por favor.

Hice una rápida evaluación y le pedí al equipo de enfermería que preparáramos las cosas para intubar y conectar a Caro a la ventilación mecánica.

Pero había un problema.

La anatomía del cuello de Caro... me hacía presagiar que poder visualizar su vía aérea con el laringoscopio iba a ser difícil. Imposible, mejor dicho.

Yo no soy un súper héroe, a pesar de que tú escuches al resto que lo diga de forma burlesca al referirse a mí. Soy consciente de mis propias falencias. “Llamaré a anestesia”. Y eso hice. Pedí apoyo al anestesista de turno, mientras intentaba aportar oxígeno y estabilizar a la Caro por todos los medios posibles, intentando disminuir su angustia y sufrimiento.

Cuando llegó el anestesista, supe que estaba en problemas. Tú conoces a los anestesistas del hospital, son excelentes. El problema era con él. Creo que lo conociste en algún momento. Igual ya no trabaja en el hospital.

Ignorando nuestras protestas, él y su técnico comenzaron a infundir los fármacos sedantes para proceder con la intubación. Nuestro personaje venía equipado con un videolaringoscopio, adosado por cable a una pantalla sostenida por un trípode, por lo que todos podíamos ver qué pasaba cuando comenzara a explorar con el aparato la vía aérea de Caro.

Luego de dejarla sedada para el procedimiento, el anestesista introdujo la hoja del videolaringoscopio por la boca, intentando apartar la lengua para ver las cuerdas vocales. Sin embargo, lo que se obtuvo (nosotros estábamos muy atentos a la pantalla) sólo fue sangre. Cómo no te imaginas. Había lesionado alguna parte de la boca de Caro con el aparato, inundándola con sangre. Y el anestesista se empeñó en maniobrar el aparato. Seguía y seguía, mientras la saturación de la Caro comenzaba a bajar y sus labios comenzaban a amoratarse.

“Se nos muere” me dijo la enfermera. El pánico me atenazó la garganta: se nos muere. Al padre lo habíamos dejado fuera de la sala, pero sentí sobre mi nuca su mirada angustiada, sus ojos enrojecidos por el llanto. “Mi hijita”.

Tomé el teléfono del servicio y llamé a Arturo.

— Voy ahora.

Y lo hizo. Llegó a los 2 minutos corriendo. No tenía ni idea que estaba de turno ese día.

Arturo vio al otro médico forzando la boca de Caro con el aparato. Vio la carnicería en la pantalla del videolaringoscopio. Y vio el monitor. La cara de Arturo, de por sí poco expresiva, ahora se tornó pálida y sin apenas movimiento. Y alzó la voz, inusualmente firme:

— Doctor, necesito que salga ahora mismo.

El anestesista dejó de forzar la vía aérea y miró a Arturo. Lo miraba como si estuviera ante un loco

— Discúlpame, pero este es mi caso y...

Arturo lo miró a los ojos y le gritó: — ¡Fuera de acá, ahora mismo!.

Lo alejé rápidamente de la escena, al mismo tiempo que me interponía entre él y el anestesista. Temía que pudiesen llegar a las manos. El anestesista estaba fuera de sí. Nos trató de incompetentes, que era nuestra culpa que la paciente estuviese así, que quién diablos era Arturo para venir a tratarlo así. Afortunadamente, mi enfermera y el técnico del anestesista, por motivos que no me quedan claros, lograron alejarlo de la sala y permití que Arturo tomara las riendas del asunto.

Rápidamente conectó un sistema de aspiración para limpiar la sangre de la boca y la comenzó a ventilar manualmente. Caro mejoró algo, pero no del todo. Al ver que no podía contener la hemorragia, me gritó

— Crico, ¡ahora!

No tienes por qué saberlo, pero te lo describo. Le pasé un bisturí y un tubo endotraqueal acortado. Desinfecté rápidamente el cuello de Caro y se lo extendí. Arturo se puso rápidamente los guantes y, palpando rápidamente el cuello de Caro, le hizo una abertura con el bisturí, logrando acceder a la tráquea. Con el dedo sacó un gran coágulo de sangre y aspiró lo que pudo, antes de colocarle el tubo a través de la abertura. Al intentar ventilar, la saturación de oxígeno del monitor mejoró, lo mismo que la presión arterial y su frecuencia cardíaca. Caro estaba viva.

Tras un silencio denso, Arturo se retiró sin mediar palabra. Cuando pude dejar a Caro estabilizada, fui a buscarlo, pero ya se había ido. Sólo dejó una nota en la ficha clínica, muy ordenada, de la secuencia objetiva de hechos.

Eso fue lo que pasó con Arturo. Esa fue la razón por la cual ya no trabaja en ese hospital.

El anestesista de hecho, un poco más tarde de todo lo que pasó con Caro, irrumpió en la UCI y se puso a discutir con Arturo. Sólo supe que la discusión fue, digámoslo así, en un tono más que elevado. El anestesista se quejó con la subdirección médica e hizo llegar una carta de disconformidad a otras autoridades.

A Arturo lo citaron en más de una oportunidad a la subdirección médica. Le pregunté cómo le había ido, pero el sólo me respondía:

— Creo que ya lo sabes.

Él iba a visitar a la Caro en la UCI, incluso cuando ya había terminado su horario, cuando ella estaba más despierta y recompuesta. No había mucha comunicación entre el padre y Arturo, pero la Caro siempre estaba feliz, mirándolos a ambos.

Los días siguientes sólo me lo encontré un par de veces, revisando sus casos fuera del entorno de las reuniones de UCI, terminando el trabajo y yéndose rápidamente a su casa. Las pocas instancias de reunión que teníamos como equipo se fueron haciendo cada vez más infrecuentes.

La Caro salió de la UCI muy bien. La intervención de Arturo no tuvo complicaciones y la herida cerró bien tiempo después. Ella y su padre, de hecho, nos vinieron a visitar hace un tiempo y preguntó por Arturo. Le dije que estaba ausente ese día. Vi que Caro se puso triste. Tenía un dibujo de entre manos pero no me lo quiso mostrar. Me hizo jurar que se lo pasara a Arturo cuando lo viese.

— Entrégaselo tú Carito— le dije—. Mañana puede que venga.

Pero Caro me negó con la cabeza.

— Nos vamos a la capital—dijo el padre—. Tenemos que seguir con sus tratamientos. Aquí en esta ciudad no está lo mejor para mi hija.

Le expresé que claro, que lo comprendía. Era patente. No podía no darle la razón en ese aspecto.

Al día siguiente de que la Caro y su familia se fueran de la ciudad, supe a través del jefe que Arturo había renunciado al hospital. Claramente nadie esperaba una medalla o algo así. No entregó motivos y ni siquiera se asomó a la UCI a despedirse. Pero yo tenía en mis manos el dibujo de Caro.

Encontré a Arturo a la salida. Le hice entender, al menos en mi opinión, que debería reconsiderar su decisión. Pero no pude hacerlo entender.

— Bueno, al menos no te lleves lo peor de este lugar — le dije.

Y le pasé el dibujo de la Caro. Tú la conoces, sabes lo observadora que es. Pero nunca sospeché que lo iba a ser tanto como para entregarle un dibujo perfecto de John Silver, el pirata de *La Isla del Tesoro*.

Observó un buen rato el dibujo y por primera vez lo vi sonreír.

— Una vez me dijiste que todo lo que hacemos no vale la pena, que todo es un absurdo, que nunca hay meta— le solté, para ver qué opinaba ahora el muy cretino Arturo guardó el dibujo cuidadosamente en la mochila.

— Y te reafirmo que no hay meta al final—me respondió —, pero no veo motivos para, felizmente, seguir intentando alcanzarla.

Al menos hasta que dobló la calle, lo vi mirando hacia el frente, nunca hacia el suelo. No lo he vuelto a ver desde entonces.

Dedicado a Claudia Valdés Valdés.